

LA SALETA Y LOURDES.

Los que hayan leído con imparcialidad mis publicaciones, se habrán convencido, por la manera con que escribo, que yo no ambiciono ninguna gloria literaria: sé muy bien, que no son para mí las palmas académicas; pero Dios, en su misericordia, me ha concedido una intuición tan viva de la verdad, que no me ruborizaría, si se me dijera, que, desprovisto de todo mérito, poseo, al menos, una cualidad; la de hablar muy claro. Sin embargo, las cartas que de continuo recibo sobre una cuestión, que yo juzgaba agotada—la del triunfo de la Iglesia—son muy á propósito para persuadirme de lo contrario.

A decir la verdad, los autores de esas cartas—tan extensas y numerosas, que me es imposible dar siquiera de ellas un resumen—con la poesía de su estilo, lo limado de sus frases y lo alambicado de sus pensamientos, demuestran claramente, que están más turbados que convencidos. Evidentemente, temen sus autores, que yo esté en lo cierto; y aceptarían de buena gana, que yo guardase para mí la verdad, con tal, que les permitiera quedarse con su ilusión. El periodismo revolucionario es quien lo aceptaría con mas gusto; pero, el creyente no ha de doblegarse á esta exigencia; porque la ilusión es, en cierto modo, una mentira, y la mentira, cualquiera que sea la forma en que se presente, no penetra nunca en una alma católica.

En mi opinión, la Iglesia, si no explícita, á lo menos implícitamente, se ha declarado acaeca de esa grave cuestión.

Se verifica en este siglo un hecho, al cual se presta poca atención, y que, sin embargo, merece ser detenidamente examinado; hecho, que causará admiración á nuestros nietos; hablo de las visitas personales que la Santísima Virgen hace á los hombres. Estas visitas son frecuentes; y por su ex-

plendor y celebridad, se distinguen de las que, en otros tiempos, se verificaron. Diríase, que, Jesucristo, en su infinita ternura para con el género humano, como si no estuviera satisfecho de habernos anunciado él mismo, en persona, y hecho anunciar por los profetas y los apóstoles, los peligros que entraña la apostasia, ha querido, por un supremo acto de su misericordia, enviar nos su Madre, y poner en sus labios las últimas y mas solemnes advertencias.

La Santísima Virgen se apareció en la Saleta; y se ha aparecido en Lourdes. Estas apariciones se han puesto en duda, con todo el aparato que Satanás—dueño ya de una gran parte del género humano—ha podido suscitar, contra la Mujer escogida para apastarle. La Iglesia ha procedido, en este punto, con todas las precauciones que le imponen su alta sabiduría, y su gran solici tud por la verdad. Han sido examinados con todo cuidado los hechos, los lugares, los testigos, y las personas favorecidas con visiones. Y, por último, como testimonios irrecusables, figuran las curaciones, los milagros, y el culto universal. Ya no hay población católica de alguna importancia, que no cuente, á lo menos, con un altar consagrado á la Santísima Virgen de Lourdes, ó de la Saleta. Quien no cree en la verdad de esas apariciones, opina de una manera directamente contraria á la de la Iglesia.

Ahora bien; ¿qué es lo que ha dicho la Virgen de las Virgenes á los pastorcillos Maximino y Melanina? ¿Que ha dicho á Bernardina? ¿Les ha anunciado, acaso, un triunfo próximo de la Iglesia en el orden temporal? Los relatos de esos niños privilegiados con la vista de la Reina del Cielo, no tienen otro objeto, que exhortarnos, en nombre de María, á la penitencia, á la oración, y á una escrupulosa observancia de la ley divina; á sacrificarnos por la Iglesia, anunciándonos,

todavía llenos de terror, que la indignación del Eterno estallará sobre nuestras cabezas si desobedecemos.

Esto es lo que la Iglesia presenta á nuestra creencia como inconcusa verdad. No pueden negarse las apariciones, ni sostenerse racionalmente, que los niños fueron engañosos, al repetir las palabras de María Santísima; porque Dios no obra milagros para engañar al mundo, ni la Iglesia permite el culto, cuando los hechos ofrecen alguna duda.

La cuestión, pues, del triunfo de la Iglesia, en el orden temporal, por la autoridad de Aquella á quien invocamos bajo el título de *Regina Prophetarum*, por su intervención sobrenatural y misericordiosa en las cosas de este mundo, queda reducida á una cosa muy sencilla: la de saber únicamente, si los hombres se han aprovechado, ó no, de los avisos celestiales.

En cuanto á los gobiernos, es por demás hablar de ellos: pues desde las apariciones de la Saleta y de Lourdes, han redoblado sus ataques contra la Iglesia; ataques coronados por la espoliación de los religiosos y la toma de Roma. Las potencias se dicen católicas, lejos de arrepentirse, al parecer, se admiran de que el Papa no diga el *mea culpa*, y no acepte, como ellas, las exigencias del siglo, inventadas tan oportunamente por la secta anticristiana.

Y para apoderarse de Roma ¿qué, por ventura, necesario apelar á algún ejército musulmán? El ejército que entró en Roma por la brecha abierta en la Puerta Pia, era un ejército católico, y aún no se sabe, que ni uno solo de sus jefes hubiese roto su espada, antes que levantarla contra el Vicario de Jesucristo. El general Cadorna, que lo mandaba, va á misa, y, al parecer, ni sospecha siquiera, que haya perdido el derecho de llamarse católico. Los periódicos revolucionarios le llaman, con cierta compasión simpática, «el piadoso Cadorna.»

Desde esta fecha—tan funesta para el mundo—del 29 de Setiembre—¿ha producido ningún movimiento repulsivo en los elevados destinos del Estado, en los funcionarios de alta categoría, en la magistratura? ¿Cuántos son los Senadores que han dimittido? ¿Se ha visto el espectáculo de esas nobles dimisiones, que aiestiguan una fe inquebrantable? ¿Dónde están los que han preferido la miseria, más bien que exponerse

al terrible castigo de la excomunion? Yo busco con afán alguno de esos ejemplos, pero en vano, ni aun dentro de la misma ciudad de Roma.

Todos esos altos funcionarios, civiles y militares; todos esos magistrados, esos senadores, no han abrazado, sin embargo, otra religión. Todos se llaman todavía católicos, y, lo que es más, procuran alargar sus remordimientos, estableciendo, por su propia autoridad, la sutil distinción, de que el Papa tiene el derecho de mandar en las Iglesias; pero, que en hallándose fuera del recinto sagrado, son libres de no escucharlo.

En este mismo momento, tenemos dos mil candidatos, que hacen su *steeple chase* al rededor de la urna electoral. De este número, yo conozco personalmente unos trescientos. Pues bien; puedo asegurar, que si de ese número, se exceptúan unos cincuenta candidatos—judíos ó libre pensadores—todos los demás, no piensan, ni remotamente, abandonar la religion católica: van á las iglesias, asisten á la misa, y practican algunos actos de culto. Saben muy bien, que el Papa no aprueba su conducta; mas ellos sostienen, que el Sumo Pontífice se mezcla en cosas que no le atañen. Al mismo tiempo, estos hombres están resueltos á llamar al sacerdote en sus últimos instantes, alimentando la secreta esperanza, de que, de esta suerte, podrán disfrutar de las honras y de los bienes de la tierra, sin exponerse al peligro de perder la felicidad prometida á los fieles en el cielo.

El Papa ha prohibido la lectura de los malos periódicos. Pues bien, sobre doscientos cafes, que se cuentan en Florencia, uno solo de ellos estaba suscrito al periódico católico, la *Armonia*; con la particularidad, de que ahora ya no lo está, ó mas bien, lo recibe ocultamente. El dueño de este café lo guarda con sumo cuidado en el mostrador, y con mucho misterio lo entrega solo á dos ó tres parroquianos, que lo leen en un lugar retirado y oscuro. Tenemos, pues, que la ciudad de Florencia, ó ha cambiado de religion, ó sus cafes no son frecuentados sino por judíos ó protestantes. Y, sin embargo; es cierto, la inmensa mayoría, que en los cafes y en otros lugares leen con afán los malos periódicos, son católicos, ó, á lo menos, se creen tales; pero creen tambien, que se puede conciliar perfectamente, el asistir á la Misa por la mañana y el pecar gra-

vemente por la tarde, á pesar de las advertencias del Vaticano.

En presencia de estos hechos, y á la vista de un número tan considerable de bautizados, que ¡insensatos! pretenden pertenecer á Cristo, separándose del Papa; ¿puede decirse, en conciencia, que el pueblo sea algo mejor que el gobierno? ó cuando menos, ¿puede afirmarse, que la penitencia que exige de nosotros la Reina de las Misericordias, sea tal, que pueda hacernos concebir la esperanza de un milagro salvador?

El primer milagro, que Cristo debe obrar, consiste en separar del cuerpo de su divina Esposa, los miembros gangrenados. Hé aquí lo que falta. Por lo demás, es evidente, que una parte del cuerpo gana en santidad; que los miembros de las asociaciones católicas se estrechan cada vez más; que las demostraciones de fidelidad á la Iglesia, se multiplican; pero en todo esto, no vemos más que un germen, que, con el tiempo, producirá frutos saludables y copiosos. Y para acelerar este tiempo, es necesario que trabajemos con ahínco en cultivar ese germen; es preciso reconciliar con el poder espiritual de la Iglesia todas esas almas separadas, lo que no es fácil de realizar, si se atiende al corto número de personas, que permanecen inquebrantables, y firmemente adheridos á la fe.

La grande necesidad de nuestros tiempos, no es la de soñar en victorias, sino la de sostener el combate, y dar al mundo ejemplos de vida cristiana, predicando sin tregua las verdades eternas, y sometiéndonos en todas las cosas á las prescripciones de la Iglesia. El mundo, que antes era cristiano, es, hoy, apóstata. En Italia, especialmente, nos vemos reducidos á vivir *in partibus infidelium*; la generación que empuje, ha olvidado el catecismo; y la que asoma, todavía no lo conoce.

Necesitamos misioneros llenos de celo, de actividad, y de espíritu de sacrificio; cuando por ellos se haya realizado la resurrección espiritual de la sociedad, nos será fácil hallar clarines que entonen himnos, para celebrar el triunfo temporal de la Iglesia, que será el coronamiento de esa obra verdaderamente grande.

JUAN ESTEBAN CAMILLE.

(Journal de Florence, 25 de Octubre 1874.)

DESPUES DE LA COMMUNE;

ó SEA,

CRISTIANOS Y CONSERVADORES;

ó

M. D' HULET,

SACERDOTE DEL CLERO DE PARIS.

—¡Usted por aquí, amigo mio! Lo creía ya difunto. ¿Cómo ha podido escapar de esos picaros comuneros?

—No lo sé; porque Dios ha querido.

—¡Pues no habrán dejado de buscarle á usted!

—Ya lo cro.

—¡Habrá usted estado fuera?

—No; he estado aquí, y, sin embargo, no me han encontrado.

—Le habrían matado á usted.

—Probablemente.

—¡Vaya usted á hacer bien á esos monstros!

—Pues yo creo que hay que hacerse lo.

—¡Oh! ¿Con que todavía no se ha curado usted de la manía? ¿No ve usted como han pagado al Padre Planchat su abnegación?...

Pues bien, amigo mio, si le gusta, buen provecho le haga; pero no me venga usted á pedir un cuarto para sus escuelas de artesanos y sus patronatos de aprendices. Yo ya me he convencido de lo que sirven. Todo lo que no sea estado de sitio, mano de hierro para llevar las riendas, y una buena policía, es perder el tiempo.

Acabab de oír el diálogo entre un cristiano y un conservador. ¿Queréis otra muestra? Pues he aquí.

—¡Bendito sea Dios! Al fin le encuentro á usted sano y salvo, pobre amigo mio. Aquí tiene usted á un convertido. ¿Se acuerda usted de aquella conversación que tuvimos el año pasado, en que usted me hablaba de sus temores, y yo le calificaba á usted de visionario, fundado en nuestro ejercicio, en nuestra policía, en nuestros siete millones de sí del pebsicito, todo lo cual parecía poder asegurar la tranquilidad de un país? ¿No se acuerda que usted me decía: «todo se desmoronará como un castillo de naipes, porque se ha edificado sin Dios?»

—¿Y ahora reconoce usted que yo tenía razón?

—Era usted un profeta, usted y los suyos. Pero ahora esto es poco; es preciso que sean ustedes nuestros salvadores.

—¿Que dice usted? ¡Pobres de nosotros! ¿Que podemos?

—Lo pueden ustedes todo, y solo ustedes son los que pueden hacer algo. ¡Moralicen! ¡Moralicen ustedes! ¡eso, eso es lo que tienen que hacer! ¡Multipliquen sus escuelas, sus patronatos, y sus explicaciones de Catecismo; cambien la faz del país! ¡Calmen las violencias, enfrenen las pasiones, apacigüen los apetitos de las turbas!

—Esto se dice muy pronto; pero ¿y los medios para realizarlo?

—¿Los medios? en sus manos los tienen ustedes. ¿De qué les sirven sus creencias, si ni tienen la virtud de procurárnos la paz?....

—Lo cual constituye á los ojos de usted todo su mérito.

—Ya lo creo; ¡el principal!

—Lo siento, porque estoy persuadido de que su fin es enteramente diferente. Si esas creencias vienen de Dios, empiece usted por aplicárselas á sí, antes de suministrarlas á los que le asustan.

—¡Oh! en cuanto á eso.....»

¿Cuál de los dos conservadores elegirías, lector amigo? Escoge el que quieras, pero por lo que á mi toca, los temo á los dos tanto, como á los comuneros, y vés á ver por qué.

El primero, no cree en el bien; lo cual es una desgracia. Pero, y ¿por que no cree? Porque nunca lo ha comprendido. El bien que busca, no es el bien moral, sino su bien estar, su seguridad, su reposo. El mal, para él, consiste, en que á su lado viven muchos hombres que se le parecen: cada cual quiere todo para sí, lo cual es una continua amenaza para el vecino. La naturaleza y la fortuna han trocado los papeles: aquí se halla el egoísmo satisfecho, que teme perder ó compartir; allí el egoísmo sin saciar, que sueña con conquistas y botín. El egoísmo satisfecho, usa frac y sombrero, le gusta el gendarme, y respeta al magistrado; el egoísmo, no saciado, usa blusa y gorra, comparando el guardia de orden público y el juez, el privilegio de su desconfianza y de su odio. Encuentra un día el *satisfecho*, en su camino, un sacerdote, y se pregunta: «¿Quién es es-

te hombre, que no se viste como los demás, que habla un lenguaje diferente, y que viviendo como fuera del mundo, se sienta, sin embargo, alternativamente en el lugar del maestro y del obrero? Escuchemos algo de lo que enseña al pueblo.»

El sacerdote decía: «Trabajad, que es vuestro deber; trabajad, que es vuestro honor; trabajad que es vuestro rescate. Dios lleva cuenta de vuestros sudores; Dios recoge vuestras lágrimas para después de esta vida, que se desliza, reservarnos las compensaciones de la eternidad. Obedeced á los que os mandan, porque así lo ha querido Aquel, ante quien desaparecen todas las distinciones de la tierra.

«Oh doctrina admirable! exclama nuestro hombre honrado. Si nuestro pueblo la acepta, ya no tengo nada que temer; ni envidias, ni revoluciones, ni guerra social. ¡Que excelente magistrado es ese sacerdote! El solo vale por diez fiscales y mil gendarmes. Mi madre tenía razón: «la Religión es una gran cosa.....» y cansado con haber filosofado tanto, el hombre, satisfecho, se va á recluirse en el *Vaudeville*.

«¿Cuáles eran, mientras tanto, las reflexiones del egoísmo no saciado? «Tal vez ese sacerdote tenga razón; pero, después de todo, ¿qué es lo que me ofrece? Bienes futuros; y yo quiero gozar ahora.... Bienes invisibles... y yo quiero ver con mis ojos mi tesoro; y si lo descubro en las manos de mi semejante, se lo iré á arrebatar; y si se resiste... le mataré.»—Pero, ¿no temes á ese Dios justo y poderoso, que se ofrecía á consolar tus sufrimientos, y que por tus crímenes se va á irritar contra ti?—«Y quien ha visto á ese Dios? Si existiera, todos creerían en él. ¿Y acaso cree en él el rico, cuyo lujo insolente insulta mi desnudez?... ¿Por ventura dobla ante él su rodilla, y le sacrifica el más insignificante de sus caprichos?... ¿Que se me muestre, entre sus vicios y los míos, una sola diferencia, que no baste á explicar su fortuna y mi miseria! El día en que le vea prostrado ante su Dios, y dispuesto á hacerle algún sacrificio, ese día, quizá, yo también creeré en él, y me conformaré á llevar mi cruz. Mientras tanto, óndio su felicidad, soporto, estrechiéndome, su yugo, espío la hora de la venganza; y, cuando llegue, la tierra será para el más fuerte...»

Y la hora ha llegado, y el choque ha sido terrible, y sobre las ruinas todavía humean-

tes de la ciudad, en que los dos egoísmos han luchado cuerpo a cuerpo (1), el satisfecho de ayer, pasea hoy su desden, diciendo: «En resumidas cuentas, esa Religión valía poco, porque ¿qué es lo que ha salvado; qué es lo que ha evitado?»

¡Silencio impositivo! Esa Religión no vale poco, pues ella sola, concededora de la causa del mal, ha acometido la empresa de ponerle remedio. No ha venido al mundo á arrojar una tea de discordia, á armar al pobre contra el rico, á ayudar al rico á oprimir al pobre: su lucha es contra el egoísmo. Este es el enemigo que ataca, ya este cubierto de púrpura, ya de miserables harapos. En este combate, desde el principio, ha sido suya la victoria. Humilde en su actitud; pacífica en sus procedimientos, pero infatigable en sus trabajos, tres siglos le han bastado para derribar el ídolo del egoísmo antiguo, y sustituirles, en el culto de las generaciones, con el símbolo divino de la abnegación y del amor. Si el mundo moderno, en medio de tantas apostasias, que le deshonran, ha conservado alguna superioridad sobre el antiguo; si tiene alguna idea de justicia, algún horror á la tiranía, algún sentimiento de fraternidad humana, algún respeto á la debilidad, á la pobreza, al sufrimiento; es porque todavía le quedan restos de una herencia, que una sociedad pródiga no ha podido consumir por completo: la herencia de los siglos cristianos.

Y si no sobreviven más de esas preciosas reliquias; si el egoísmo, á pesar de todo, se ha apoderado de la supremacía; si la codicia hambrienta ha dejado oír un grito feróz, grito de pillaje, de incendio y de muerte, es porque la codicia satisfecha no ha sabido comprender, que había llegado la hora de no dar más al pobre el escándalo de su ejemplo, de inmolarse ella misma en el altar de la abnegación evangélica.

(1) Excusado es advertir, que al servirnos de esta expresión, no pretendemos colocar entre los egoístas, á los que combatieron la insurrección con abnegación admirable, y sacrificaron su vida por la causa del orden y de la justicia. Remonándonos al origen del conflicto, creemos, que, sobre el egoísmo de los *conservadores*, sin fe, sin principios, recae una responsabilidad, por lo menos, igual á la de los partidarios interesados del desorden.

Con estas doctrinas, la Religión ha salvado muchas cosas; y si no lo ha salvado todo, culpamos á vosotros mismos, á vosotros, que osáis cínicamente censurarla de impotente.

¿Qué es lo que vemos, en efecto?... Los cadáveres se han enterrado; han dejado de humear los incendios; el yeso comienza á tapiar los agujeros de las balas y de la metralla; y si quedan ruinas, que no podrán reedificarse en mucho tiempo, la costumbre de verlas, hace, que no se piense más en ellas.

Ya están, por lo tanto, mis *conservadores* en sus puestos: industriales, periodistas, economistas; á todos los reconozco: nada ha cambiado en ellos. Hace tres meses callaban, y no les faltaba razón; pero, cuando podían hablar, lo hacían admirablemente acordes: las mismas maldiciones sobre la inmoralidad del pueblo, sobre la ausencia de toda creencia superior, sobre el desbordamiento de las pasiones y de los apetitos; las mismas aspiraciones hacia una regeneración moral; digas mas (porque en la hora del peligro el diablo se hace ermitaño), las mismas protestas de respeto hacia las convicciones religiosas, únicas capaces, en su concepto, de conseguir de cada hombre los sacrificios necesarios para el bien de todos... Y ¿que ha sido de esos bellos sentimientos?... No han podido ¡ay! sostenerse contra la corriente de los intereses, que renacen. El industrial ha vuelto á su fábrica, pero no está más dispuesto, que antes, á distinguir entre sus obreros y sus máquinas, á estimar mas el alma de aquellos, que el rendimiento de éstas, á sacrificar á su libertad del domingo, el provecho problemático de un trabajo, que quisiera hacer continuo, pero que habrá que interrumpir á la fuerza, ante las exigencias ruinosas y las huelgas prolongadas del motín. Antes el maestro tenía á su oficial; hoy, le teme aún más: ántes no le amaba; hoy, le ama menos todavía; se separa ántes de él, para hacer una vida enteramente aparte; hoy, la separación será más completa, y de este modo, el foso irá creciendo, hasta convertirse en un abismo.

Otro tanto pudiera decirse del comerciante, respecto de sus dependientes... ¿Cuál es la tienda de lujo, escapada por milagro del incendio y del saqueo, que haya aprendido á cerrar sus escaparates el día del descanso?... El dependiente de 1,000 francos de sueldo sigue como ántes, devorando detrás del mostrador, durante los largos domingos,

su envidiosa tristeza; las intermitencias de la venta le dejan tiempo para persuadirse, de que vale menos, en concepto de su amo, que un paquete de tela; y la idea socialista, ayer armada y amenazadora, hoy, en apariencia, vencida, no cesa de acudir á aquella mente entristecida y á aquel corazón enfermo, para convencerle de que, entre el capital y el trabajo, la paz es una mentira.

¿Necesitaré decir algo de los periodistas? ¡Helos ahí, más que ninguno, impenitentes! Su respeto á todo lo que es sagrado, ha durado justamente el tiempo en que el peligro amenazaba sus imprentas y sus personas. Cuando Chaudey compartía con el Arzobispo de París el interés doloroso, que suscitaban los rehenes, el mismo *Sibole* encontraba palabras benévolas para la Iglesia, y consentía en colocarla más bien, entre los bienhechores, que entre los enemigos de la sociedad humana. Apenas se habían demolido las barricadas, cuando ya emprendía de nuevo en sus columnas esa guerra solapada y rencorosa, que tantos años há viene sosteniendo contra el principio cristiano. La Iglesia volvió á ser de pronto el *gran peligro social*: cualquier cosa, ántes que dejarla desarrollar libremente, bajo la garantía del derecho comun.

Para excitar y alimentar la desconfianza del pueblo hacia la Iglesia, todos los medios son buenos, pero la calumnia es el mejor; así es, que no se privan de él. Los procedimientos electorales, tantas veces echados en cara al Imperio, son hoy el instrumento cotidiano de los candidatos libre-pensadores. «Si volais á ese católico, os va á traer el diezmo, las cédulas de comunión, el derecho de...» Seguramente que si han escogido estos espantajos, es porque no han encontrado otros más absurdos: los más inverosímiles son los mejores; y la credulidad de las masas todo lo admite. En Inglaterra hay cierto periódico protestante, que reparte entre el pueblo retratos del Papa con cuernos y con garras: es un progreso más que nos quedaba por hacer. ¡Animo, pues, señores *conservadores*; seguid, seguid vertiendo petróleo; pero cuando llegue el día en que vuestros discípulos le apliquen un fósforo, si disparais sobre ellos, sois declaradamente unos asesinos!

Hay, pues, gentes, que temen á los sacerdotes; mas también las hay, que cuentan

con ellos demasiado. Estas últimas son la segunda especie de *conservadores*.

Aleccionados, según dicen, por los males de los últimos tiempos, acuden á la Iglesia para confiarle la obra de la regeneración social. Confesad, que valia más no empezar por calumniar á esta Madre, á esta gran Maestra de los pueblos, por deshonrarla á los ojos de sus hijos. ¿Creéis, acaso, que el respeto y la confianza se recobran tan pronto como se pierden? ¡Sin embargo, la Iglesia no desmaya, y se encuentra pronta á cumplir con su deber, por ingrato que esto sea. Pero vosotros, que la pedis que os salve, cumplid, al hacerlo, los deberes que os imponen el pudor y la justicia.

Por pudor, ante todo, no vengais á pedir á la Iglesia, que *moralice* al pueblo, si no estais vosotros dispuestos á recibir, los primeros, su *moral*. ¿Acaso nos tomáis por guardias civiles? ¡Estará en el orden, que empleemos nuestra vida en predicar el Evangelio, luchando contra la ignorancia, la ingratitude, la rusticidad y la corrupción, nada mas, que para prepararos un pueblo disciplinado, cuya vida ordenada asegure vuestros desórdenes, cuyo trabajo os proporcione adornos para vuestras fiestas, y cuya sumisión garantice la seguridad de vuestros vicios? Sepaipo tal vez aceptara este papel, si se le pagaba bien; y el Sacerdote no puede aceptarlo.—La Religión es buena para el pueblo.—Sí, señores; pero no más buena que para vosotros. Dios la ha hecho para el hombre, sin establecer distinciones, y no es justo que nosotros las introduzcamos. Poco interés nos inspira la seguridad de vuestras fortunas sospechosas, y la tranquilidad de vuestros desórdenes; y si, á pesar de todo, procuramos todavía *moralizar á los obreros*, es para salvar sus almas; no para servir á los cálculos de vuestro egoísmo.

Tened, pues, pudor; pero observad también la justicia. Nos pedis que regeneremos al pueblo, y, al hacerlo, habláis á vuestro modo, esto es, como personas que no conocen el trabajo que esto cuesta, y que tienen vivos deseos de ver el resultado. ¿Cuál no sería el fruto de nuestros esfuerzos, si nos ayudarais, como es nuestro deber; si pusierais todos juntos en la balanza social el peso de vuestros ejemplos; si de vuestras palabras, de vuestros escritos, de vuestra influencia, consagrada al bien, se desprendie-

ra como una atmósfera religiosa, en la que nacieran y crecieran los niños que nosotros instruímos; si la Religión, por vuestro medio, formara las costumbres de las clases que dirigen, y con ellas penetrara dulcemente por todas partes, y llegara hasta las leyes mismas? ¿No podríamos entonces responder á vuestras legítimas impaciencias, hablar al pueblo, y reconquistarle para el Evangelio? ¿No se verían reproducirse las maravillas de la conversión del mundo, y no se manifestaría el poder del cristianismo, proporcionado á la santidad de su doctrina, y á la de gran número de sus miembros? Por mi parte, no lo dudo un momento. Pero no se encuentran ciertamente en estas condiciones aquellos, á quienes dais el encargo de trabajar por vosotros en la obra, que debería ser común. Vuestro ejemplo es el principal escollo en que viene á estrellarse la fe de los sencillos; vuestro concurso es percoso, desdenoso, intermitente; le limitáis á la limosna, y aun ésta la dais con una mano avara, cuando se trata, no de vestir y alimentar al pobre, sino de sostener las obras, cuyo objeto es precisamente el que con instancia nos excitáis á seguir. Reducidos, por falta vuestra, á un trabajo aislado, con medios insuficientes, con una acción que carece de prestigio y de crédito, ¿qué podemos hacer? Tomar las almas una por una, y aplicarlas los remedios divinos, cuyo secreto nos ha revelado Jesucristo. Esto es lo que hacemos, sin desánimos, es verdad; pero también es preciso decirlo, sin albricar grandes esperanzas. Este procedimiento pudo servir, en efecto, una vez para conquistar el mundo: es cierto, que los Apóstoles contaban con menos apoyo en la sociedad, á la que trataban de convertir; pero el genero humano no había abusado todavía de su fe; la verdad y la gracia caían como un rocío del cielo, sobre una tierra mancillada por todos los crímenes y todas las afrentas, pero no herida aún por la maldición de la apostasía. Dios no se repite en su obra. Crea los medios, y de ellos se sirve, por más que no los necesite para obrar. La sociedad cristiana, ocupando el lugar del mundo pagano,

es una creación de su Omnipotencia; y el concurso de todas las fuerzas vivas de la sociedad, para conservar, aumentar y transmitir el tesoro de la civilización cristiana, es el medio escogido por su Providencia. Si la sociedad no cumple con su misión, y se separa por sí misma de los campos de la salvación, ¿con qué derecho podrá culpar á la Iglesia de que no la salva á pesar suyo?

No, no, *conservadores*; es preciso que lo sepáis. Si no trabajáis con nosotros, y como nosotros, no esperéis nada de nuestros esfuerzos. No quiero decir con esto, que sean estériles, pues llevarán muchas almas al cielo; sino que no aprovecharán para vuestros intereses temporales, inseparables, por mucho que digais, de vuestros intereses eternos. Es una gloria para la Religión, no prestarse á hacerlos el mezquino servicio que os limitáis á pedirle. Dadle también vuestras almas, para que las cure, y lo demás lo recibireis por añadidura. En tanto que la sociedad nos llama, nosotros nos ocuparemos sin descanso, en retirar individuos del abismo. No consideramos nuestro tiempo ni nuestro trabajo perdido; creemos, que el alma de un niño vale muchos años de fatiga; nos entregaremos á la tarea sin mirar nuestras fuerzas; y si la tristeza asalta á nuestros corazones, al ver cómo se sustrae la multitud de nuestra influencia, no nos faltarán consuelos. Nos diremos á nosotros mismos, que lo que Dios nos pide, no son resultados, sino esfuerzos; que Él solo es el juez de estos resultados, puesto que se trata, ante todo, de resultados eternos; y, por último, que es el destino del apóstol sembrar entre lágrimas, y morir sin haber visto la cosecha, que otros, después de él, recogerán en medio de la alegría.

Si penetrando á través de estos consoladores pensamientos de la fe, hace llegar la voz excepcional del egoísmo hasta nosotros, una interrogación sarcástica sobre el fruto de nuestras fatigas, responderemos al egoísmo, que, encargados por Dios de combatirle, no tenemos que apresurarnos á rendirle cuenta.

UNA EQUIVOCACION.

La sociedad, agobiada con el peso de una gran equivocación, corre á pasos agigantados hácia su ruina, creyendo, que puede salvarse el orden social, sin que nadie piense en la salvación de su alma. El único gobierno que conocía en todo su valor el precio de las almas, ora en relación con Dios, ora en sus relaciones con la sociedad, no existe ya; por consiguiente, ya no hay conciencia privada, ni conciencia pública: títulos que no se cotizan en la Bolsa.

Empero se reconoce instintivamente, que sin esos títulos, el edificio se desploma; y esto explica el terror que reina en el fondo de la política actual. Todo el mundo se arma, y nadie quiere la guerra; todo el mundo suspira por la paz, y nadie cree en ella. La guerra, ó la paz, son igualmente pavorosas; porque la paz, con los enormes armamentos, y sin poder fijarles un límite, significa la bancarrota y la ruina, dentro de cierto tiempo; y la guerra, es la ruina de otra manera, probablemente en un período más breve.

En el fondo del cuadro, y como para poner mas en relieve esta primera perspectiva, tan poco halagüeña, se descubre, en último término, una nube oscura: la barbarie conocida con el nombre de socialismo, con sus tinieblas sangrientas, y que amenaza aprovecharse igualmente de la paz, ó de la guerra, para imponernos á todos su yugo feroz.

En esa situación, tan espantosa, es natural, que del seno de todos los partidos, se levante un grito de alarma contra los malos gobiernos: todos los ojos lo repiten en efecto; por eso vemos, que esos malos gobiernos nacen y desaparecen con veriginosa rapidez. Y sin embargo, la situación no mejora; á un ministro detestado, sucede otro ministro, á los pocos días, detestable: cae éste, y su caída produce una crónica inestabilidad en el mal. Pero el mal, arraigado con esta

inestabilidad, lejos de curarse, hace visibles progresos.

¿No sería más razonable, que cada uno, examinando su conciencia, se preguntase, si los malos gobiernos son, ó no, el resultado del menoscabo de la conciencia nacional, de haber los pueblos abandonado las verdades absolutamente necesarias para su bienestar, del enfriamiento en la fe, base única de todo orden social?

La estadística oficial atribuye á Italia veinte y siete millones de habitantes, en cuya suma; figuran solo algunos centenares de miles de judíos ó protestantes: luego, si todos los demás fuesen verdaderos católicos, resultamente adictos á las enseñanzas del Papa, ¿sería posible la serie de malos gobiernos, que la generación actual está sufriendo? Valdría la pena que se reflexionara un poco acerca de este punto.

Si la secta anticristiana hubiese solo contado con el apoyo de nueve ministros, quinientos diputados, y doscientos senadores, ¿hubiera podido ella disponer á su placer de la suerte de Italia? ¿hubiera podido privarnos de nuestra joya más preciosa, arrancarnos el tesoro que la Providencia nos había confiado, y transformar á Roma, sede y centro de la cristiandad, en Legia modelo, y en templo del Anticristo? ¿Quién se hallaba en la brecha de la Puerta Pia, el día 30 de Setiembre? El Papa, con un puñado de héroes, que habían venido de todas las partes del mundo, voluntarios de Cristo, y que Cristo ha querido contar. ¿Dónde estaban los veinte y siete millones de habitantes en ese día lugubre?

La conciliación entre Dios y Belial, contra la cual Pio IX ha protestado, con una firmeza y constancia dignas del sucesor de S. Pedro, era cosa realizada, desde mucho tiempo, en muchos corazones. Nos hallamos